

## **Juan Rodolfo Wilcock**

### **DE LA NIEVE**

Qué solo estoy detrás de mis ventanas;  
y mientras juega el viento con la nieve  
pienso en mi juventud, huyendo, breve,  
más lejos que las cumbres más lejanas.

Y al extinto fulgor de otras mañanas  
pasan mis glorias, y en el aire leve  
ya dejo que la nieve se las lleve  
donde dispersas van las cosas vanas.

Tranquilo, como un hombre que ha soñado,  
y se despierta, y al mirar el día  
ve que la muerte espera en otro lado,

estoy de pie, detrás de los cristales,  
acariciando la melancolía  
y sus alas plegadas y triunfales.

### **A LA TIERRA**

Surgidos de la Tierra hace más de mil años,  
ya no están más los dioses que otrora desplegaban  
sus velos por la tarde y que eran como el fuego  
de hermosura y justicia, y de esplendor.

Y yo, que ayer llevara las cuerdas doradas del canto  
he perdido sus labios, sus miembros como el agua  
alejando la noche entre los sauces.  
Oh ya tu polvo inerte  
buscan mis brazos que han perdido todo;

quiero girar entre los días y las noches  
contigo, tierra, lejos, lejos, muerto.

Junto a mí están llorando  
el deseo y la muerte.

Tierra, oh tierra, ya he visto todo lo que se ha ido,  
los dioses, y el amor como los últimos reflejos  
de las nubes; y ahora escucho en la penumbra  
el viento de la noche. Madre, he marcado  
mis dientes en la hierba; cuántos otros  
han besado su boca menos el vástago tuyo sagrado,  
el que antaño elegiste para anunciar la primavera  
que se pierde entre el sol y los hilos del aire.

Y tú, desaparece  
desvanece en la sombra el recuerdo  
del césped junto al lago,  
de mis primeros besos.

Cómo se van los años y cómo el pensamiento  
huye, tan lejos de mis pobres pasos;  
su pelo rubio, el eco de una noche  
siempre que apoyo mi cabeza en el pasto,  
¡oh niño que yo era, adolescente entre piedras,  
adorando a los dioses sin saber que habían muerto!

Tierra, señora, en tus brazos terminará algún día  
todo lo que hoy es hermoso, todo el ruido  
de las ciudades, los felices amantes;  
salvo mi voz, mi tristeza.

## **EL HIJO PRÓDIGO**

Tan suave era el silencio de las ramas oscuras  
en los cedros del parque, y el sol que descendía,  
y en los arcos de piedra las últimas figuras,  
el hamadríade que huía,  
y aquel estanque pálido con un pájaro muerto;  
oh recuerdo de voces lejanas, resplandores,

vuelvo a cerrar los ojos en el aire desierto,  
mi patria y mis amores!

Y me envuelven palabras en la noche olvidadas,  
que suscitan la antigua belleza de las fuentes  
donde un niño consuela sus lágrimas calladas  
junto a las aguas transparentes.

Dejad, laureles de oro y álamos de la aurora  
de mover en un sueño el lejano ramaje,  
y en el claro de luna no me llaméis ahora  
sobre este pórvido salvaje!

Álamos y laureles al viento florecidos,  
allá en el sol cubiertos de augusta lejanía,  
y que un día cambiara por los desconocidos  
cantos que el aire me ofrecía  
de noche entre jazmines desde Tiro en el mar;  
hoy exhausta esta arena de vanidad quisiera  
recostarme a su sombra y volver a escuchar  
su voz tranquila en primavera.

Ya se llevan los años mi juventud distante,  
como un río en las peñas que infinito desciende.  
Oh, por qué no haber sido como el mar que es constante  
que en una misma playa extiende  
este siglo y los otros de semejante espuma,  
y en los mismos cantiles su queja inmóvil vierte;  
ver como el aire mismo donde nací consuma  
el gesto vano de mi muerte.

He de tornar mañana hacia el tiempo pasado,  
oh Jordán, hacia el valle donde este pueblo extraño  
de fantasmas que surgen con los cuadros que he amado,  
llenos de imágenes de antaño,  
entre neblinas yace en los bordes del río,  
y me ofrece el silencio tan suave a los mortales,  
y mis viejos jardines cubiertos de rocío,  
mis frondas estivales.

Una vez más la tarde con majestuosas telas  
volverá a aquellas ondas sombrías su paisaje,  
y volverá mi rostro de niño en las estelas  
de un bote, envuelto de follaje;  
las misteriosas luces verdes y los reflejos,  
el agua que los sauces dejaban en mi frente  
al pasar, y el destello del deseo a lo lejos

huyendo en fuego hacia el poniente.

Como la breve espuma y la flor de un instante  
se llenan de esplendores, mi espíritu en el ruido  
profundo de aquel río se adornará fragante,  
frente a la muerte y el olvido,  
con su primer tristeza, con el cielo nublado  
de otros años que un arco de basalto aureola,  
este pórtico grave donde estoy reclinado,  
mi infancia dulcemente sola.